

LOS MODOS DE FUGARSE

SE me ocurre que bien pudiera yo esta vez dedicarme a la literatura de evasión. Este es un término que en otras épocas no existía. Cualquier clase de literatura era ya de "evasión". La realidad del invento literario es siempre una huida de la realidad; por tanto, una evasión. El término "evasión" se ha vuelto hoy metafísico, pero se utiliza para cualquier circunstancia que escape a la costumbre. Las vacaciones son una "evasión". Las carreteras están llenas hoy de hileras de gente motorizada que se "evade". Son evasión el "week-end" y, apurando las cosas, el monobikini. La evasión es, simplemente, una vacación laboral y espiritual, que modifique la rutina cotidiana. En la literatura romántica cuando una pareja se saltaba a la torera las normas del tiempo es que se había "fugado". Hoy podría decirse de millares de parejas que, simplemente, se "evaden" juntas. "Fugarse" o "evadirse" son, en términos de derecho penal, casi la misma cosa. Al margen de su contenido filosófico, la "evasión" implica siempre una idea de reclusión, de opresión, de aislamiento: de cárcel. Aplicada a la sociología actual esa evasión del hombre y de las muchedumbres presupone el hecho de que la condición humana está encerrada en unos límites, en una angostura espiritual y física, que es contorno social o exigencia de su circunstancia. Si la ambición social y política es la libertad, en nuestro mundo la evasión es —como para el preso en la cárcel— un paso hacia ella.

Pero cuando hablábamos de nuestro propósito de dedicarnos hoy a la literatura de evasión pretendíamos ser más modestos. Nos proponíamos tratar de la evasión en concreto y como si esta palabra no hubiera sido trascendentalizada por los filósofos. Algunos novelistas ingleses han hecho lo mismo en estos días. Todo ello a propósito de una evasión concreta, que era entonces la actualidad periodística del momento: noticia muy de agradecer por los diarios en la época veraniega, cuando ya estaba a punto de surgir la "serpiente de mar".

Las circunstancias de la fuga del principal asaltante del correo de Londres Charly Wilson, llamado "el silencioso", han sido reportadas ya con todo detalle. Después del asalto perfecto, vino la evasión perfecta. Todo el mundo supone, con razón, que con un botín como el que anda en juego, la fuga puede ser consecuencia de complicidades importantes, que afectan a la honorabilidad de funcionarios y guardianes de la prisión central de Birmingham. Pero después de sucederse los elementos de intriga, propios de un Poirot, la reflexión y las consecuencias del hecho corresponden ahora a los escritores serios, y no sólo a los de seriales. Y así han venido a terciar en el asunto nombres como los de Graham Greene, Angus Wilson, Anthony Powell y el poeta Stephen Spender, quienes han dado cada cual su personal interpretación del suceso.

La más atrevida y sorprendente de las declaraciones ha venido de la pluma de Graham Greene. El autor de "El poder y la gloria" ha expresado en el "Daily Telegraph" una opinión que nos recuerda las que, de vez en cuando, formulaba Bernard Shaw, tal vez para irritar con paradojas la susceptible y adormecida sociedad británica de su tiempo. Ha manifestado su admiración por la previsión y por la audacia de los asaltantes del tren correo y ha reaccionado violentamente contra el "salvajismo" de las sentencias con que han sido sancionados, que, como se sabe, alcanzan a los treinta años de prisión para siete de ellos; compara el castigo con la cadena perpetua que se aplica a los convictos de violación y asesinato de una menor. "Si nuestro sistema legal —afirma— condena a un hombre a treinta años por un crimen contra la propiedad, no ha de extrañar a nadie que algunos de nosotros manifestemos simpatía por el preso que logra evadirse". Luego añade que las condiciones en que han de vivir en la cárcel estos prisioneros no disienten de la versión que se ha dado en Occidente sobre las formas penitenciarias del otro lado del telón de acero, con la diferencia de que aquéllas son aplicadas por razones ideológicas, mientras que éstas no tienen otro objeto que hacer revelar a los presos el paradero de su botín. El novelista Angus Wilson abunda en las mismas razones que su colega, aunque disienta

de su admiración por los delincuentes que, según dice, es en Graham Greene demasiado sentimental y romántica. Y Anthony Powell, por su parte, no encuentra nada raro el hecho de que los presos prefieran pasar treinta años en la cárcel que devolver el fabuloso tesoro. Con lo que guardan, la gente joven debe de pensar que treinta años pasan aprisa. En definitiva, a los cincuenta y tantos años, fecha de término del cumplimiento de la pena, la vida es todavía agradable.

la segunda evasión Pero "el silencioso" quiere gozarse ahora. No ha tenido paciencia y ha elaborado un perfecto plan de huida para, después de lograda con éxito, empezar su filosófica "evasión" en alguna isla ignorada del Pacífico. Para "recapturarle" Scotland Yard ha pedido el auxilio a la Royal Navy y a la R. A. F. Una auténtica movilización militar ha sobrevolado y ha navegado las aguas del Atlántico. Hasta el momento en que escribo no ha encontrado rastro del "silencioso", que, como se sabe, probablemente levantó el vuelo en una avioneta particular y no cometería la torpeza de huir a lomos de una tortuga marítima. Decimos mal: si han encontrado los perseguidores algún justificante de su excursión: cierto yate de recreo "Wild Venture", que navegaba al norte del País de Gales y que llevaba a bordo a dos evadidos de tipo menor, dos muchachos escapados de la cárcel de menores de Plymouth. Han empleado el cañón para cazar un par de mariposas.

Cuestiones como la presente no se pueden enjuiciar simplemente bajo el punto de vista ético ni aun social; son aquellas que permiten una cierta licencia a los que vivimos en la superficie mate de un mundo angustiado. Zambullirse de pronto en el rocambolesco nos llega a parecer incluso saludable. Después de la evasión física, nos agrada pensar en la evasión mental de ese sujeto silencioso. Es muy probable que si logra zafarse indefinidamente a la inquisición policiaca y persecutoria esté condenado, sin embargo, a ser siempre más un ser sin fasto y sin acción. Hablábamos de las islas del Pacífico. Estas ya no son hoy buen refugio de transfugas. Lo fueron en los tiempos del gran Gauguin, cuando en el mundo era todavía alguien el "demon du Midi". Aquella de Gauguin fue verdaderamente la "gran evasión", el túnel espiritual, la sensibilidad en vilo, la gratuita y heroica chifladura. La evasión del "silencioso", en cambio, ¿a dónde le llevará? ¿Podrá jamás salirse de sí mismo? ¿Se podrá pasear a placer, habituado a los coches y a los bares, amigo del restaurante, cliente de la bagatela y de la joyería? ¿No se dará cuenta, mientras recele en un rincón del inmenso Brasil, pongamos por caso —donde la extradición no existe—, de que aquel montón ingente de dinero es pura superchería, que no actúa sino en función de la dinámica urbana? Quizá, con un temperamento de hombre de empresa, pueda lograr distribuirlo y diseminarlo en una vasta organización, con redes mundiales, como la de los brazos de un pulpo, y se convierta entonces en uno de esos grupos de presión, que subrayan los economistas como motores de nuestro tiempo. El botín del tren correo influirá entonces en la filosofía y en la mecánica, utilizará y comandará calculadoras electrónicas, hará fluctuar las Bolsas, inventará una filosofía de la vida y un matiz del arte abstracto. Quizá la "evasión" filosófica de "el silencioso", después de su evasión física de la cárcel haga dar a la historia un paso más, un paso imprevisto que tanto puede ser la desecación del Artico como la alfabetización de las gentes del Amazonas. Quizá haga revivir aquella Manaus donde a principios de siglo los traficantes del caucho encendían los cigarrillos con billetes de Banco y que posee un fastuoso teatro de ópera, convertido hoy en ruina, capaz para mil cuatrocientas personas, en el que actuó la Paelova. ¿Cuál será la postrera "evasión" de "el silencioso"?

A nosotros, de entre todas las conclusiones y reflexiones a que nos pueda conducir la fuga de Charly Wilson, elegimos una que se deriva precisamente de la intervención de Graham Greene y de sus colegas los escritores, que acaban de poner una inesperada y sabrosa postdata al asunto. La novela se ha tornado, por lo menos verbalmente, "objetiva". Pretendían que sea una transfusión casi al dictado de la vida misma, y para ello algunos escriben como si se hubieran convertido de pronto en cinta magnetofónica. En tanto que la intervención de Graham Greene y las opiniones de los escritores y poetas sobre el tema indican que algo vibra de nuevo cuando es la vida la que imita a la novela y no a la inversa. De todas las "evasiones" implicadas en el asunto la más hermosa ha sido la del novelista, capaz de inventar la realidad.